



PRIMER PREMIO

Te vine a buscar

Escrito por **Daniel Santo Mastrandrea**

El avión carreteó sobre la pista húmeda del aeropuerto. Raúl observaba por la ventanilla del Boeing 737. Muchos años sin volver al país. Era una sensación extraña, como escuchar a Gardel lejos de la Argentina.

Encontrar a Martha fue su decisión, o mejor diría su obsesión. Ese amor de adolescencia que dejó de ver hacía 50 años hoy sería una realidad. La vino a buscar.

Fue muy difícil rastrear en faceboock a Martha Riveros; miles de mujeres tenían ese nombre. Los rostros cambian, también la mirada, la sonrisa no es la misma. Raúl tampoco era el mismo, pero seguía enamorado de ella.

Una mañana, desayunando, abrió su computadora, entró en la aplicación y descubrió unos asombrosos ojos verdes, una bellísima mujer madura con ese nombre y apellido. Buscó en el túnel de sus recuerdos, tenía que ser ella, quién más.

Envió solicitud de contacto con un extenso mensaje, la respuesta no se hizo esperar.

—Hola Raúl —contestó Martha.

—No puedo creer que te encontré —escribió él lagrimeando.

De allí en más, diariamente se contaron sus vidas pasadas desde los 12 años cuando se habían tenido que despedir por el viaje forzoso de la familia de Raúl. Divorcios, hijos, trabajos, fueron los temas en mensajes extensos. Casi no tocaron los años en la escuela 18 donde había nacido el romance.

Bajó del avión y buscó un remis, el corazón latía fuerte, urgente. Debía controlarse, el infarto que había ocurrido un año atrás lo ameritaba. Las plazas húmedas, sin sol, recordaban aquellos juegos de la niñez, los amigos que no vio nunca más y que no quisiera volver a ver, porque la vejez es cruel después de tanto tiempo ausente.

Súbitamente Raúl se dirigió al remisero:

—Por favor, pase por la escuela 18 en General Paz y Dorrego, la verdad no sé si existirá, hace demasiado tiempo que no vengo.

El chofer lo miró por el espejo retrovisor.

—Sí existe, yo vivo en ese barrio.

Raúl quería unir los recuerdos, Martha y el colegio, esas mañanas que justificaban asistir a la escuela sólo para verla. El recreo los unía, amaba sus ojos verdes, profundos, su sonrisa suave.

El coche aminoró la marcha frente a la escuela, era más pequeña de lo que la imaginaba, recordó al niño que había sido, a aquellos compañeros de aula, el director y su pipa, los retos casi a diario, su estadía en la puerta de dirección.



Ahora sí, a casa de Martha. Ya no vivía cerca del colegio, era un viaje de media hora que se hacía eterno. Imaginó mil formas de encuentro.

El remis se detuvo frente a un chalet, bajó nervioso del auto, la ansiedad aceleraba las pulsaciones. Tocó suave el timbre. Una niña de 12 años lo atendió, Raúl quedó conmocionado, le pareció volver al pasado, aquella niña se parecía a Martha. Con voz temblorosa preguntó por ella.

—Perdón, ¿aquí vive Martha Riveros?

—Sí, es mi abuela, espere por favor —respondió la niña.

Raúl estaba emocionado. Acomodó el cuello de su camisa, mientras miraba aquella puerta.

Como si el tiempo se suspendiese en segundos lentos, la puerta se abrió.

Una bella mujer asomó su cuerpo y sonrió. Raúl la miró asombrado y con voz conmovida le dijo:

—Te vine a buscar.

Ella, con mucha paz y voz calma, le respondió...

—Hace mucho que te estaba esperando.

Salió de su casa, se miraron largos segundos, el abrazo selló el tiempo transcurrido. Martha lo tomó de la mano y comenzaron a caminar en silencio hacia una plaza con jazmines en flor y bancos de madera.

Él pensaba, cuánto tiempo había soñado ese encuentro, y ella pensaba, cómo le digo que yo nunca fui al colegio 18.



SEGUNDO PREMIO

Amnesia temporal

Escrito por **Emilia Raquel Lopo**

Aquella mañana Esteban Ordóñez despertó a la peor pesadilla de su vida. A su lado yacía el cuerpo de su esposa Mónica, bañado en sangre. Saltó de la cama. Sobre la alfombra, vio un cuchillo con el mango ensangrentado. Miró sus manos, también estaban manchadas.

Por más que se esforzaba, no podía recordar nada. Poco a poco algunas imágenes se proyectaron en su mente, como en una pantalla. El día anterior había llegado muy cansado de la oficina. Estaba hambriento y su esposa no había preparado la cena. Sobre la mesa un pedazo de queso y un pan, escoltaban una botella de vino tinto. Entonces empezó la discusión, como tantas otras veces. Ella empezó a culparlo por la falta de dinero y por la vida miserable que llevaba a su lado. Le dijo que era un mediocre, que no servía para nada y que ya no lo amaba. Él la acusó de mala compañera, de gastadora y de inútil. Los gritos saturaron los decibeles más altos. Lo último que recordaba era la botella vacía y el gran cansancio que lo arrastró hasta la cama.

Pensó en su amigo Carlos, su vecino y además médico. Lo llamó y él acudió inmediatamente. Quedó horrorizado ante el cuadro que vio. Dijo haber escuchado las discusiones de la noche anterior. Su diagnóstico fue que seguramente Esteban la había matado en un ataque de furia y que ahora sufría de una amnesia temporal, muy frecuente en esos casos. Pensó en la forma de ayudarlo; y se le ocurrió llevarse el cadáver a la morgue de la facultad de medicina. Él era un cirujano muy prestigioso; diría que era un NN, material de estudio para su cátedra. Esteban quedó infinitamente agradecido. Entre tanta desgracia, al menos no iría a la cárcel.

Pidió licencia por enfermedad y se quedó algunos días en su casa, rebobinando una y otra vez las escenas de aquella noche. En esas angustiosas cavilaciones se encontraba, cuando escuchó que alguien llamaba a la puerta. Se extrañó, ya que era la una de la madrugada. Encendió la luz de la entrada y miró por la ventana, no había nadie. Volvió a la cocina, otra vez escuchó los golpes en la puerta. Empezó a asustarse. Otra vez miró y no vio a nadie. Sólo el viento del sur bailaba en las calles y jugaba a los remolinos con las hojas de los árboles. El silbido se colaba entre los burletes de las ventanas y hacía mover las cortinas en una danza espectral. Miró que las puertas estuvieran cerradas y se dirigió al dormitorio.

A punto de acostarse, escuchó un ruido muy fuerte. Tomó el revólver de su mesa de luz y se dirigió hacia la entrada. Cuando llegó a la mitad del pasillo la vio: era Mónica, con el mismo camión de aquella noche, blanco y cubierto de sangre. Caminaba hacia él como un zombi. Tenía la piel verdosa y los ojos saltones. Esteban sintió un dolor fuerte en el pecho, corrió al baño y buscó desesperadamente sus pastillas en el botiquín, pero no las encontró. Ella se aproximaba cada vez más, los harapos de su camión flameaban, enmarcando su figura macabra.



El corazón de Esteban se detuvo y cayó desplomado contra los azulejos del baño. Mónica tomó el teléfono. A los dos minutos Carlos entró a la casa y cerró la puerta:
—Te dije que su corazón no lo resistiría.
—Sí, tenías razón—dijo ella. —Por un momento pensé que no resultaría.
—Yo me ocupo de los trámites del velatorio, vos ocupate del seguro.



TERCER PREMIO

Post mortem

Escrito por **Luisa Ester Bragaña**

La noticia se publicó en casi todos los diarios del país. Algunos le daban más espacio, otros, menos. Las imágenes difundidas por la televisión eran impactantes. Pude verlas después de mucho tiempo. El fallecimiento de mi madre había ocurrido un 20 de diciembre al atardecer. Tenía 49 años. La noche anterior se descompuso. Un acv masivo. “No pudo hacerse nada. No sufrió. Les aseguro. Estuvo siempre inconsciente. Nuestras condolencias”. Mi padre estaba devastado. Me encargué de todo. No tengo hermanos. El cuerpo llegó al velatorio a las 21 horas. Mi padre ya estaba esperándola. El otro se deslizó como sombra al amanecer. Los dos la habían querido tanto. Y por eso se odiaron siempre, pero ninguno pudo hacerla feliz. Y ahora ella yacía en la estrechez de ese cajón lustroso. Tan bella, tan pálida, tan rígida. Se ignoraron, porque sólo tenían ojos para mirarla. Uno a cada costado del féretro. Mi padre con la mirada fija en su rostro. El otro con la cabeza inclinada como para darle el último beso, la caricia final. Me preguntaba si mi madre alguna vez había estado enamorada de mi padre. O conoció el verdadero amor y la pasión con aquel otro hombre. Nunca podría saberlo aunque esa pregunta me atormentara toda mi vida. Yo me había criado con mi abuela. ¿Por qué, si no era huérfana? “Porque tiene muchos vestidos que entregar. Y vos sos un incordio”. Mi abuela se equivocaba. Quizás yo fuera un estorbo para que se viesen a escondidas. Me enloquecía pensar que podría abandonarnos por ese hombre. Mi madre lo conocía desde chica. Era el marido de una prima mucho mayor. No sé porqué yo era la única que se daba cuenta que algo pasaba entre los dos. Una vez en una reunión familiar, los vi cruzarse una mirada tan intensa que me provocó insomnio por varias noches. ¿Se amaban en silencio? ¿Él la amaba pero ella no? ¿Se sentía atraída por el amor que le profesaba? Tal vez, la culpa fuera de mi padre, un hombre distante, poco afectuoso. En el ambiente donde se había criado demostrar afecto no era cosa de hombres. Mi abuelo tenía un almacén en Barracas, donde a la noche se bebía y se jugaba fuerte. Toda su infancia y adolescencia la había pasado entre malandras y compadritos. También había visto muchos duelos de cuchilleros. Y muertos destripados en alguna zanja cercana. Pero aunque esa historia le hubiera forjado un carácter fuerte, me constaba que quería a mi madre. “¿No podés decir que me querés?” Le reclamaba ella. “Sabés que vivo por ustedes. ¿Les hago faltar algo? ¿Qué necesitás?” Ella no le contestaba, pero su rostro afligido lo decía todo. Necesitaba que la deseara como aquel que se extasiaba al mirarla. “Sabés que no me gusta andar por la calle con un ramo de flores”. Y sin embargo en mi casa no faltaban los jarrones con rosas rojas. Yo sabía que mi madre no las había comprado. Mi padre no decía una palabra. Le parecería natural que a ella le gustara adornar la casa. Sin embargo un día apareció con un arma. “Estás loco. De dónde sacaste eso. Llevátela ya. Las armas las carga el diablo. Tenemos una hija. Es peligroso”. A mi padre no le importaron sus ruegos: “Es por seguridad. Siempre hay algún loco que quiere meterse en casa ajena”. Dios, mi padre presentía algo. Y ahora qué pasaría. Ella temblaba: “Nunca tuvimos problemas. Nadie nos amenaza”. Él no cedía: “Mejor estar precavidos. Nunca se sabe”. Al otro día le dije a mi abuela que quería estar con mi madre. Que no sería una molestia. No sé porqué pensé que mi presencia la salvaría. Y no estuve errada. Hubo muchos llamados telefónicos sin contestar. Hasta el portero eléctrico había sonado varias veces en la semana. “Son vendedores ambulantes. No tengo tiempo de atenderlos”. Rápida le



contesté: “Voy yo”. interceptó mis pasos y me mandó a estudiar. Me di cuenta que después del episodio del arma, si ella había sentido algo por ese hombre, había decidido olvidarlo. Expulsarlo de su vida. Noté que no se alimentaba bien, había perdido peso y sufría de fuertes jaquecas. Cuando se recuperaba estaba como ida. Ya no podía dedicarse a la costura. Mi padre comenzó a hacer horas extras. Estaba poco en casa. Se había vuelto más cariñoso. Quizás porque le daba pena su estado. Para no molestar su descanso comenzó a dormir en otra habitación. Se levantaba muy temprano y llegaba muy tarde. Cuando estaba por cumplir mis quince años, mamá pareció recuperarse un poco. Me dijo que eligiera un modelo de vestido que ella me lo haría. Al terminarlo me lo probé, me quedaba pintado, era muy hermoso. Yo estaba orgullosa de mi madre. Había hecho un gran esfuerzo para que yo luciera fantástica. Mi padre contrató el salón de fiesta y no escatimó gastos para el festejo. Parientes y amigos desfilaban por nuestra mesa para felicitarme. De pronto lo vi parado frente a mí. Me saludó con afecto. Le dio la mano a mi padre y al estrechar la de mi madre la retuvo un rato entre las suyas. No podía creerlo. Habían pasado algunos años sin verlo. Y ahí estaba, lucía apuesto, su madurez le sentaba bien. Se alejó de prisa y por un momento lo perdí de vista. Luego llegó la hora del baile. Mi padre había ensayado unos pasos la noche anterior, para no hacer papelones, decía. Después bailé con mis primos y amigos. Luego comenzó a sonar la música de moda, los más jóvenes agitaban manos y pies alocadamente, yo buscaba a mi madre que hacía rato no veía, cuando comenzaron los lentos, la luz se hizo más tenue, lo cual me dificultó más la búsqueda. Mi papá había salido a fumar. Entonces pasó algo inaudito. Entre las parejas danzantes estaban ellos, entrelazados, mirándose como aquella vez en esa cena familiar. Después no sé que pasó. “Sáquenla al balcón”. “Necesita aire”. “Abran paso”. Volví en mí. Recordé la escena. Me temblaban las piernas. “No puede abandonarnos”, le dije entre sollozos. Mi padre seguía sin entender: “Adónde vas, quedate tranquila”. Lo abracé y se lo susurré al oído. La fiesta se terminó. Llegamos a casa. “Voy a buscarlos”. Le contesté temblando que no valía la pena. Se desplomó en el sillón. Se cubrió con las manos su vergonzoso llanto. Lo acompañé a su habitación. No se desvistió. El smoking parecía su mortaja.

Pasó el tiempo. Los dos trabajábamos tanto. A penas nos veíamos. Ese domingo por la tarde merendamos juntos. “Mirá, hice budín inglés. Con mucha fruta seca como te gusta”. Mientras servía el té sonó el portero eléctrico. Fue a atender. Bajó rápido las escaleras sin esperar el ascensor. Al poco tiempo venía con mi madre en brazos. Entre los dos la llevamos a la cama. “Quiero pasar lo que me quede de vida con ustedes. Por favor”. Mi padre la cubrió con una manta: “Este es tu hogar. Descansá”. El otro la había dejado en la puerta: “Me pidió que la trajera”. “Los extraña mucho. Cuídenla. Adiós”. Mi padre pidió licencia y hasta el final la cuidó sin descanso. Consultó los mejores médicos. Ninguno le dio esperanzas. El día mismo que la internamos murió. “Llamalo. Decile donde será el velatorio”. Me asombré. Hice lo que me pidió. Lo demás ya es historia. Iban a cerrar el cajón. Nos solicitaron que nos despidiéramos. Mi padre le dio un beso en la frente y salió. Supe que tenía que hacer lo mismo. Entre lágrimas le di mi adiós. Los dejé solos. Estuvo unos cuantos minutos. Ya en la calle estaba alejándose cuando escuchó que lo llamaban por su nombre. Se dio vuelta, enfrentó a mi padre y con un gesto de asentimiento, recibió el tiro mortal.



CUARTO PREMIO | +75 AÑOS

El ovillo

Escrito por **Juan José Tambornini**

El ovillo, que apenas alcanzaba para tejer una bufanda, había resultado suficiente para elaborar también un par de gorros. ¿Cómo era posible? Debe ser el cansancio, dijo la mujer, lo que me ha hecho juzgar de manera inadecuada la cantidad de lana necesaria para tejer estos encargos.

Pero a la mañana siguiente el ovillo estaba aun más grande que luego de usarlo durante la noche. Esta vez no tenía dudas: algo extraño estaba sucediendo.

La mujer tomó a su pequeña niña en sus brazos para dirigirse hacia la tienda en la cual había adquirido el ovillo, donde le informaron que se encontraban de luto, pues una anciana, que resultó ser la misma que le había ofrecido el día anterior el ovillo asegurándole que se trataba de un material extraordinario, había fallecido en la madrugada. Comprendió que intentar explicar el inusual fenómeno que había presenciado no sería factible en aquellas circunstancias, pues lo sucedido, con la anciana ahora ausente, no resultaría verosímil.

Decidió que lo mejor entonces sería asumir aquel hecho inexplicable como un regalo. El ovillo proveyó así lana de manera constante para que pudiese cumplir con todos los pedidos realizados por sus satisfechos clientes. Los noches de insomnio y hambre quedaron en el pasado. La mujer pudo ofrecer a su hija todo lo indispensable para que pudiese desarrollarse como una persona autónoma.

Durante un período de escasez de lana, pudo hacerse de una pequeña fortuna, con la cual montó una tejeduría para expandir su clientela a otras comarcas.

Dejó entonces de tejer para atender los muchos asuntos que ahora debía gestionar como empresaria, sin advertir que el ovillo, debidamente guardado como si se tratase de un recuerdo lejano, crecería tanto que haría estallar el armario en el cual había sido confinado.

Supo que, aun sin necesidad de atender pedidos particulares de clientes, debía seguir tejiendo para evitar que el ovillo creciera de manera desproporcionada, así que comenzó a elaborar prendas tanto para su hija como para ella misma.

Pero no fue suficiente para paliar el apetito del ovillo. Comenzó a tejer también para niños que dormían en las calles, para hogares de huérfanos, para familias carenciadas y para todo aquel que lo necesitara.

Su hija jamás comprendió porque, luego de trabajar en la tejeduría durante todo el día, por la noche restaba preciosas horas de sueño para tejer tal como lo había hecho cuando eran pobres. Las respuestas de su madre,



que mencionaban cuestiones como el deber moral, nunca la convencieron del todo, especialmente porque contaban con recursos económicos suficientes para poder contribuir con tales causas sin necesidad de comprometer su salud.

Enfermó gravemente. Y estuvo postrada durante semanas, en las cuales, afortunadamente, el ovillo no cambió de tamaño, como si comprendiese que la desatención a la que estaba expuesto había sido causada por un fenómeno ajeno a la voluntad de la mujer.

Al recuperarse, cedió el mando de la tejeduría a su hija para que ella pudiese ocuparse del ovillo, aunque no tardó en descubrir que su ritmo de crecimiento se había lentificado.

Grata sorpresa fue el hecho de evidenciar cómo su hija amplificaba el tamaño de la tejeduría que había heredado para expresar al mundo que aquello, si bien había llegado sin esfuerzo, ahora era mucho más próspero gracias a su propia impronta.

Así fueron transcurriendo los días de la mujer, entre el ovillo, ya mucho más inapetente de atención, y el acompañamiento a su hija, sin estorbar en sus asuntos, pero estando cerca por si necesitaba un oportuno consejo de la fundadora de aquella empresa.

Una mañana, mientras recorría una tienda recién inaugurada, donde se ofrecían las prendas elaboradas por la tejeduría industrial dirigida por su hija con la ayuda de su nieta, observó a un muchacha preguntando si en aquel lugar, por casualidad, vendían lana. Antes de que el empleado del lugar pudiese responderle, la mujer, ahora anciana, ofreció regalarle un ovillo.

A día siguiente la muchacha regresó a la tienda preguntando por la anciana. Fue entonces cuando le comunicaron la noticia.



FINALISTA

El nombre de la mujer

Escrito por **Alfonso Cebal**

¿Quién conoce a la verdadera mujer?

¿El amante o el marido?

Irene Nemirovsky.

Esa mujer se parecía a la palabra nunca.

Juan Gelman.

Nunca supe su verdadero nombre. Era una mujer que disponía de un infinito repertorio de seudónimos. Una vez llegó con un vestido largo, casi transparente, rosa, rosa como el corazón de una sandía que aún no ha madurado lo suficiente. Era una morocha de pelo crespo, enmarañado y opulento, llevaba una capelina del mismo tono de su atuendo sujeta con una cinta blanca, no usaba maquillaje, me dijo: Alo, soy Emma. Cuando la besé en la mano, que me había ofrecido como una dama de otro siglo, advertí que tenía las uñas pintadas de celeste, a esa distancia me envolvió su perfume, intenso y dulzón. Siempre llegaba de manera imprevista, sonaba el portero eléctrico a cualquier hora y yo sabía que era ella. Al entrar se descalzaba y buscaba en su enorme cartera unos extraños frasquitos, todos contenían aceite, gel, crema, todo tipo de ungüento de diversas procedencias pero un solo fin determinado, esos productos estaban destinados a proteger la humedad de la piel. Pasame esta crema en la espalda, es de la India, me decía, y se desnudaba de pronto sin darme tiempo a la sagrada contemplación de ese acto esencialmente femenino, tan seductor como incomparablemente sensual. Se tiraba en la cama y me ofrecía con la misma vehemencia e idéntico apasionamiento el frasquito y su glorioso cuerpo. Una tarde llegó vestida con un brevísimo short de jean y una camiseta violeta que le dejaba la pancita al aire y los pezones bien marcados. Era una pelirroja de pelo corto, ojos brillantes y labios pintados de marrón. Me dijo: Call me Evelyn. La besé en la boca, era demasiado tentadora, su piel emanaba una cierta fragancia cítrica. Mi trabajo era frotarla con sus aceites por todo el cuerpo; ella gozaba con esos masajes que comenzaban en sus hombros, redondos, perfectos y, poco a poco, se iban acercando a las regiones menos transparentes. Era fácil darse cuenta que ella sonreía indiferente pero atenta al proceso, demorada en sus propias sensaciones, aceptando con recelo esa secreta urgencia del placer por venir. Sobre su cuerpo mis manos aprendieron a apretar con delicadeza, a deslizarse morosamente, a insinuar con osadía. Poco a poco, gracias a la destreza adquirida, extendían con oficio y paciencia esa golosa gelatina. De pronto llegaban a sus pies, frotaban entre sus dedos, rodeaban el tobillo, ascendían sobre los costados de sus muslos, avanzaban sobre el fabuloso territorio de su piel, conquistando centímetro a centímetro, en un laborioso y estremecido rozamiento. Colette estaba sedienta, anhelante, pero no decía nada, solo ronroneaba despacito. Mis manos, desenfrenadas, se movían intuitivamente, independientes de mi control. Ella gozaba escandalosamente y se retorció impetuosa, sus gemidos me excitaban hasta un extremo insoportable, pero debía cumplir mi misión.



Los masajes adquirían la intensidad comedida de una caricia erótica incontenible y ella se acercaba violentamente a su interminable serie de orgasmos. Emily se aferraba a la almohada con la mano izquierda, con la otra, a veces, buscaba algo en mi piel. Su boca se abría babosa, sus ojos permanecían cerrados y yo podía ver nítidamente sus pestañas y esa leve arruga de los párpados. Luego de unos segundos de amorosa tensión una vocecita suave y estremecida repetía varias veces el monosílabo “sí”, y todo su cuerpo se aflojaba, suave y transpirado, para poco después volver a empezar, porque yo no interrumpía los mimos y con la sabiduría de la experiencia adquirida al calor de su cuerpo le entregaba una incontenible sumatoria de placeres. Podía sentir como ardía su piel húmeda, todo su cuerpo parecía flotar en un mar caliente extendido sobre la cama, intacto, exhausto, finalmente inmóvil. Entonces hacíamos el amor. Era como llegar tarde a la kermés para recibir un premio consuelo. En ese rol secundario, era consciente de que tenía acceso a su cuerpo, pero me aterraba una brutal e íntima certidumbre, nunca llegaría a recibir su amor. Alguna vez llegué a pensar que si pudiera conocer su nombre quizás podría penetrar en su alma, porque al nombrar los sueños se crea el camino de la vida, pero ese privilegio no me era concedido. Alejandra se quedaba dormida y yo me acostaba a su lado mirando el techo, sintiendo esa inexplicable ansiedad como un castigo, esa espera como una revancha, ese vacío como un presagio.

¿Esto es mi vida? ¿El amor envilecido por los frasquitos? ¿Hasta dónde puede desmoronarse mi deseo? ¿Qué otro suplicio me espera? Me preguntaba, como un loco abandonado desnudo en el desierto, si tenía sentido remontar esa derrota. Qué buscaba en esa mujer desconocida, lejana, independiente, transgresora. Mis sentimientos navegaban como un velero errante, sometido a la brisa del oeste, atravesando las olas a la deriva, arrastrado por una corriente submarina. Mi sangre parecía adormecida por el alcohol, mi vida padecía por la ausencia de un rumbo. Era un esclavo sin redención posible.

Una mañana llegó muy temprano. En mi tocadiscos sonaba bajito un LP del Gato Barbieri, Last tango in Paris. Yo estaba escribiendo una de esas historias tristes y decadentes que expresan vagamente aquello que mi alma no sabe acerca del amor y la muerte. Y justo cuando tomaba el mate número mil, sentí el zumbido del timbre; ella estaba en el pasillo frente a mi departamento. El portero, que lavaba la vereda, le abrió la puerta de calle. Era una rubia platinada de pelo largo y lacio preciosamente derramado sobre sus hombros desnudos. Bonjour —me dijo en francés— ¿Quoi? ¿N'êtes vous pas content de me voir? Sí, por supuesto que me alegra, contesté sin ocultar mi asombro al verla como en la escena de una comedia musical en blanco y negro con fondo de saxo desafinado, vestida de noche y demasiado alta para mi gusto. Es que hoy no te esperaba, agregué, en el intento de justificar una actitud quizás exageradamente severa para ese encuentro. No nos besamos, pero cuando pasó a mi lado, rozándome deliberadamente con sus caderas, todo su cuerpo emanaba un olor repugnante, esa clásica mistura de sudor, sexo, alcohol y tabaco. Ella dijo con una sonrisa sensual e inocente: Je viens d'une fête, appelle moi Brigitte. Se quitó las sandalias verdes de taco y plataforma y recuperó su altura natural, miré esos pequeños pies que había besado tantas veces y me di cuenta que tenía sus estupendas piernas quemadas por el sol. Claro, era verano. Le ofrecí un mate; aceptó un jugo de naranja, café con azúcar negra, una tostada untada con manteca y miel y un pedazo de queso «Port Salut». Me pareció que estaba hambrienta. Bostezó dos o tres veces. Nos quedamos en silencio. Como si fuera amplificado, se escuchó el rezongo del mate, cuando la bombilla absorbe en el vacío. No pregunté nada. Esa mañana no se desvistió, después del desayuno se tiró en el sofá y se quedó dormida, descalza, con el pelo revuelto, vestida de negro. La miré dormir. El tiempo se detuvo. Volví a sentarme frente a mi computadora y en ese momento, cuando apoyé los dedos sobre el teclado, sentí que ya no la quería. Nunca supe su verdadero nombre. Una noche soñé que se llamaba Idea, o algo así.

GLOSARIO

Call me Evelyn. Llámame Evelyn.

Last tango in Paris. Último tango en Paris.

Bonjour. Buen día.

¿Quoi? ¿N'êtes vous pas content de me voir? ¿Qué te pasa? ¿No estas contento de verme?

Je viens d'une fête, appelle moi Brigitte. Vengo de una fiesta. Llámame Brigitte.



FINALISTA

Gemma

Escrito por **Hector Basilio Villaverde**

Encuentro

Conocí a Gemma en un tren y no pude recuperarme. Regresaba a Barcelona desde Arenys de Mar concentrado en un cuento de un autor catalán que apenas conocía. Recuerdo el impacto al verla. Un instante devastador. Un relámpago seco. Un corte preciso. Un proceso de amor instantáneo. Verla, deslumbrarme, enamorarme, apasionarme. Quedar al borde del abismo de la conciencia.

Subió al tren en El Masnou con dos amigas. Ocuparon asientos separados y les cedí el mío para que pudieran viajar juntas. Me incorporé, pasé frente a ella y tomé mi brazo. -gracies, moltes gracies- me dijo y sonrió. Sentí los electrones de la pasión enloquecer dentro de mí.

Quedaba algo más de media hora hasta llegar a Barcelona y comprendí que en esos minutos se jugaba definitivamente el todo o la nada con ella. Mi Amor Eterno. Mi futuro. Mis planes. Mi felicidad.

Podía el tren llegar a Barcelona, podía Gemma bajar antes de mí, podía perderse entre la gente con sus amigas. O podía yo trazar cuanto antes una estrategia para seducir a aquella mujer que había anestesiado mi ser en apenas unos segundos. Miré una, dos, tres y quinientas veces hacia ella. Intentaba alinear nuestras miradas. Lo conseguí. Sonrió. Lo conseguí otra vez. Volvió a sonreír. Volví a lograrlo y esta vez, supe que había sonreído para mí.

Al llegar a Gracia nos preparamos para bajar. Sobre el pasillo estrecho que llevaba a la puerta Gemma estaba tres o cuatro personas delante de mí. Giró la cabeza dos veces sin detener la marcha, como si buscara algo o alguien.

Cuando todos habíamos ya bajado del tren no volví a verla.

El Restaurante

Era el cumpleaños de Pau y Merce organizó el festejo con amigos en “La Teulada Vermella”, quizá el restaurante más amable y menos conocido de toda Barcelona. El dueño, Carles, un viejo amigo de Pau montó este hermoso espacio en el elegante barrio de Les Corts casi como un desafío a los restaurantes top de la zona. Llegué temprano, me acomodé en la barra y como siempre, Carles me puso una copa de Priorat. Un placer que siempre me espera en Barcelona.

Probé unos pistachos. Dejé correr el Priorat. Froté mis manos. Giré la cabeza hacia la derecha y la vi sentada en la otra punta de la barra. Era Gemma.



Di por sentado que no me había visto y me acerqué.

-Eres tu?- dije mientras me sentaba a su lado.

-Si, si. Soy yo- dijo tranquila sin quitar la vista del móvil. Estaba claro que me había visto antes.

Meneó la cabeza mientras seguía escribiendo en su móvil y agregó:

-y tu? También eres tu no? El destino cruza nuestros caminos-

Llegaron Merce y Pau y una banda de amigos que esperaban afuera entraron cantando “Moltes felicitats. Moltes felicitats”

La Cena

“La Teulada Vermella” me recuerda aquella canción de Serrat que dice “Cal oblidar la teulada vermella i la finestra amb flors. L’escala fosca i la imatge vella que s’amagava en un racó”.

Me perdí entre los abrazos a Pau y los saludos a amigos que yo no conocía. Merce dispuso las ubicaciones en la mesa cuidadosamente. Indicaba cada tanto que algunas sillas no fueran ocupadas “aquí se sentará Jordi”; “aquí María y Jaume”, “este lugar para Luis que está por llegar”. “Aquí tu, es el sector futbolero”.

Gemma quedó amargamente lejos de mi influencia en el sector femenino.

La cena transcurrió entretenida entre nuevos amigos que me preguntaban por Argentina, por Buenos Aires, por el tango, por River Plate, por Maradona, por Messi y apenas el fútbol pudo entre platos y anécdotas quitar mis pensamientos de aquella mujer que en las últimas cuatro o cinco horas había ocupado todos mis pensamientos.

Un par de veces, camino a los servicios, pasé cerca de ella y tuve la impresión de que Gemma no me vio. Seguí hablando de fútbol con los amigos de Pau.

Me llevas?

Merce estaba feliz. El festejo no podía haber salido mejor. Pau no paraba de hablar con propios y ajenos y de proponer nuevos brindis por cualquier motivo. Cuando comenzó la tercera ronda de cafés y aguardientes era ya más de la una de la mañana y creí que había llegado la hora de partir. Todavía estaban todos sentados, aunque ya no quedaban otras mesas ocupadas. Carles, el dueño del lugar, despachó a los últimos clientes, cerró la puerta de ingreso, apagó la música ambiental y se acercó a mí con un ukelele. Pau y Merce juntando sus manos como cuando se reza, me miraron como diciendo “por favor, no nos lo puedes negar”.

Varios años atrás, una noche de verano en Madrid conocí a Pau y a Merce en un bar de la calle Fuencarral, en el barrio de Malasaña. Aquella noche, con algunas copas de Ribera del Duero encima, me animé a cantar con mi ukelele ante un público modesto pero importante “Parauls d’amor” en catalán.

No había llegado a mi mesa luego de cantar cuando Pau se acercó intrigado por mi acento que, en sus propias palabras “claramente no es de ninguna región de Catalunya pero destila un inconfundible aroma a bodegón de Buenos Aires”.

- Ja, ja ¿Y cómo te diste cuenta? - pregunté a Pau

- No estuve del todo seguro hasta que cantaste el tango - respondió a toda risa.

Me abrazó como si me conociera de toda la vida y al oído me dijo: - debo agradecerte algo que, espero, vaya a agradecerte el resto de mi vida –

- ¿Qué es? - pregunté asombrado

- ¿Ves la mujer que está en aquella mesa y nos mira? Es Merce y mientras cantabas la besé por primera vez –

- No tengas dudas amigo. Vas a agradecérmelo siempre y en público, cada vez que yo regrese a Barcelona y por el resto de tu vida –

- Por cierto ¿Com et dius? - lo sorprendí en mi catalán porteño.

- Ja, ja. Pau. Pau Valldeneu –

Aquel fue el comienzo de una amistad entrañable y eterna con Merce y Pau que, hasta el día de hoy cumplen el rito y me agradecen aquella canción como la vida misma. Lo cierto es que, sorprendido y halagado por la jugada de Merce, tomé el ukelele y con la poca voz que me quedaba comencé. “Ella em va estimar tant, Jo me l’estimo encara...”



Pau abrazaba a Merce emocionado, ella reposaba sobre su pecho muerta de amor y Gemma clavó sus ojos en mí como una gata arrinconada. Aplausos. Lágrimas de Merce y Pau y abrazos interminables.

- Moltes gracias. Moltes gracies amics. Vosaltres sabeu quant us estimo –

Estaba disfónico y ya no me animaba a cantar otra canción, así que, para anticiparme a cualquier pedido inoportuno conté la historia de aquella noche en el bar de la calle Fuencarral y dije “a tantos años de aquella premonición de Pau que cada vez que vengo a Barcelona encuentro complida, no sería prudente por mi parte, estropear tan bella historia de amor cantado otra canción”.

Entregué el ukelele a Carles entre los aplausos, me senté y sobrevino el milagro.

-¿Me llevas? – me dijo Gemma sentándose a mi lado.

Buenos Aires

La mañana siguiente, desperté aturdido. Las sábanas en la cama estaban revueltas. La ropa de la noche anterior tirada por el piso y dos tazas de café lavadas prolijamente sobre la mesada de la cocina.

En el espejo del baño una nota escrita sobre un post it amarillo decía:

“Sucedió por fin. Te veo en Buenos Aires. Gemma”

Caminé por Carrer de Valencia hasta Paseig de Gracia y en “Il Café di Francesco” pedí un tallat y una canya de crema, repasaba la noche anterior y no estaba seguro de que hubiera terminado. Mi cabeza daba vueltas como en un sueño profundo. Apenas lograba recordar que la noche anterior Gemma me había preguntado algunas cosas acerca de Buenos Aires.

Tomé el móvil para enviarle un mensaje a Pau y despejar mis dudas pero él se había anticipado “Es tu memento amigo. Se merecen el uno al otro. Estamos todos felices”

Terminé el tallat, pagué la cuenta y caminé por Gracia hasta Casa del Llibre.

La tienda de Passeig de Gracia es muy superior a cualquier otra de España, incluso de las que están en Madrid. Tiene un corredor interminable repleto de libros y un espacio mágico en el fondo con sillones muy cómodos para echarse a leer. Allí he pasado horas y horas hojeando obras que no consigo en Buenos Aires y releyendo las que alguna vez me atraparon. Un par de años atrás, en una de esas jornadas, me cautivó el relato de un cuentista catalán en el cual una mujer seduce al lector y emerge desde las páginas del libro haciendo desaparecer los límites de la realidad y la ficción.

Quería encontrar otra vez aquel cuento del que solo recordaba esa escena, pero no el nombre del autor ni del relato. Tenía algún apuro. Había quedado con Diego -otro amigo catalán- que pasaría a recogerme por la puerta de la librería para almorzar y llevarme luego al aeropuerto. Supuse que ya estaría esperándome así que, con mucho fastidio finalmente desistí de la búsqueda y me fui de la tienda.

Plaça Catalunya

El viaje al aeropuerto de Barcelona cuando regreso a Buenos Aires me deja una nostalgia infinita. Como si regresar a mi ciudad fuera un exilio. Como si temiera volver por no poder regresar. Llegamos a El Prat, hice el Check In y le di un abrazo interminable a Diego.

- Cuídate amigo querido. Nos vemos pronto- dije.

Desde el inmenso ventanal de la sala de embarque, Barcelona recortaba apenas su silueta distante y frenética. Subí al avión. Acomodé el equipaje de mano. Abroché mi cinturón y el sueño me venció mientras la nave dejaba tierra suavemente sobre el Mediterraneo.

En algún momento de aquel ensueño viajero, desperté sobresaltado en el asiento del tren al que había subido en Arenys. “Plaça Catalunya” decía el cartel indicador que podía leer desde la ventana sobre la que había dormido la última media hora. Bajé atropellando gente y pidiendo permiso y disculpas simultáneamente. Las



puertas se cerrarían en cualquier momento. En el andén, una mujer que no había visto antes tomó mi brazo y clavó sus ojos en mí como una gata arrinconada.

- Olvidaste tu libro sobre el asiento - me dijo, sosteniendo la mirada sobre mi humanidad desconcertada.
- Gracias. Muchas Gracias - solo atiné a decir y otra vez sentí los electrones de la pasión enloquecer dentro de mí. Se perdió entre la gente y las tiendas de la estación.

Un adhesivo amarillo asomaba entre las páginas de aquel librito que tanto buscaba en mi sueño del tren que me había traído de Arenys a Barcelona.

“Sucedió por fin.

Te veo en Buenos Aires.

Gemma”

Decía la nota adherida en la página final de aquel cuento que apenas recordaba.



FINALISTA

Mi maestra y la mantequera de vidrio

Escrito por **Armando Antonio Amieva**

Yo vivía en mi pequeñísimo pueblito rural..., aquél de unas 4 ó 5 manzanas habitadas por gente dedicada a los sembradíos de hortalizas, fuente única de ingresos...

Excepto el Comisario, el Jefe de Correos, y el Jefe de la Estacion ferroviaria y uno o dos empleados de la Sala de Primeros Auxilios, todos los ingresos provenían de las esforzadas tareas de arar y sembrar en la tierra sedienta....

Los habitantes, estábamos convencidos de que todos éramos pobres, pero todos éramos honrados y trabajadores. Y nos enorgullecíamos de que allí no habían robos ni asesinatos, porque todos éramos conocidos y hasta nos ayudamos unos a otros en caso de extrema necesidad....

En ese año, yo estaba en mi último año de la escuela primaria, donde había sido muy feliz al igual que los demás niños... ¡Y no teníamos alegría por el pronto termino del año escolar, porque allí quedaban en las blancas paredes de la Escuela, las horas de estudios y de juegos, y el patriótico esfuerzo de las maestras que jamas se enfermaban para no faltar y darnos la educación que necesitábamos...!

Los días pasaban mas rápido de lo que lo deseábamos y se aproximaban al final del año lectivo. Y la tristeza nos embargaba...Pero también pensábamos en el futuro que por ser desconocido, nos asustaba...!

En mi caso, era justamente la preocupación algo que se unía a mi tristeza por el desapego de la escuela que me había formado en mi niñez... Y ahora ya contaba con 13 años y debía pensar que debía seguir en una escuela secundaria mis estudios.

Pero en mi pueblito, no habían escuelas secundarias y para asistir a las mismas, debía trasladarme a una ciudad distante a 60 kilómetros de mi villa. Allí había un colegio de ese tipo, pero los padres se encontraban con el inconveniente de la distancia y de los largos viajes que debíamos hacer hasta esa ciudad, en horarios kilométricamente distanciados unos de otros para el paso de un viejo tren .

Ademas, eso significaba un gasto que los padres no estaban en condiciones de soportar por lo magro de sus ingresos... Y por esa razón, en la villa los estudios terminaban con la escuela primaria y todos seguían con el trabajo de la tierra, como sus mayores...

Mi maestra, se llamaba Susana, madre de dos hijos y esposa de un distinguido señor del lugar. Ella me consideraba un alumno destacado, y yo notaba que se empeñaba en que yo aprendiera mucho mas porque veía en mí con su enorme corazón, que mis condiciones no eran para desaprovechar.

A tal punto, que faltando unos tres meses para terminar las clases, una tarde fue a mi casa para hablar con mis padres y sugerirles, mas bien implorarles, que hicieran un esfuerzo y me permitieran seguir los estudios secundarios, pese a las inmensas dificultades de todo tipo.



__ No deje que su hijo entierre su talento en la tierra, Señor...! Armando saldrá adelante porque es uno de los mejores...Se lo suplico...! - Le decía a mi padre, (que no estaba muy convencido) que debía ser así, porque consideraba que no podría contar con el esfuerzo económico que le demandarían mis nuevos estudios....

Y como no hay plazo que no se cumpla, el año escolar terminó, entre lagrimas de los alumnos y el sentido abrazo y reconocimiento a la querida maestra.

Como siempre, se realizó la Fiesta de Fin de Curso, que era una mezcla de lagrimas y de alegría...! Algunos alumnos, (los menos), acostumbraban a hacer pequeños obsequios a la maestra como agradecimiento, y todo por la escasez de recursos económicos....! Nunca porque entendiéramos que la querida maestra merecía mucho mas...!

Y yo no escapaba a las reglas que medían la disponibilidad de dinero para esos efectos...! Pero, había ahorrado mínimas monedas, y fui al Almacén del Pueblo donde compré lo único que podía comprar con un precio al alcance de mi bolsillo. Era una mantequera de grueso vidrio, sin ninguna calidad ni demasiados detalles de ornamentación.... El objeto, no conocía lo que era el cristal. Solo había llegado a los límites de un rustico vidrio transparente en su construcción...

Pero a mi, me parecía una obra de arte, y en medio de la fiesta, me acerqué a la querida maestra para entregarle mi presente....

Me miró un poco sorprendida, pero con ojos brillantes de emoción...! Y me abrazó como si fuera para siempre y me besó en ambas mejillas...

Sentí un nudo en mi garganta. Mis ojos, hicieron crecer un manantial de lágrimas que de allí nacían, y me quedó en mi corazón grabado su hermoso rostro y su suave perfume se había trasladado a mi rostro... Creo que con el correr de los años, no logré nunca dejar de percibir el perfume de mi amada maestra...!

Yo empecé mis estudios secundarios en la lejana ciudad de San Martín, y no volví a ver a mi querida maestra por años... Trabajosamente, con mucho sacrificio de mi parte y de mis padres, pude terminar exitosamente esos estudios, y la vida parecía despertar para mi.

Pronto conseguí un empleo en un Banco de San Martín, y allí escalé cargos rápidamente, gracias a mi esfuerzo y a los conocimientos fundacionales de mi amada maestra Susana. Y allí pasaron también los años...Y ya sumaban una década en que no había podido ver mas a mi maestra que seguía en el pueblito de mi niñez.

En cierta ocasión, y después de esa larga década, en el pueblito se había organizado una fiesta social, y tuve la ocasión de asistir, ahora convertido en un joven atractivo y en buena posición social con mi trabajo. Asistir, fue como una entrada triunfal para mi, y me llevó a mi no muy lejano tiempo de la niñez..Me sentía observado, como si fuera un forastero en pueblo chico...

El baile, después de una humilde cena, había empezado. Y aproveche para ver rostros que no habían cambiado mucho con el paso del tiempo...Eran de mis queridos ex compañeros de la primaria...!

Y en un rincón del viejo salón, vi a una bonita mujer junto a su esposo. Era el rostro que yo amaba con tanta pureza y que hacia tanto que no veía. Y noté que también me estaba observando..! Era mi querida maestra Susana...!

No lo pensé mas. Y me dirigí resueltamente hacia ella, mientras su esposo me miraba sin entender nada. Susana se levantó de su asiento...y ambos nos dimos el mas afectuoso abrazo, donde no hacían falta palabras...!

__Armando. ...! Te vi y te reconocí inmediatamente....Estaba segura que eras vos...! Te hiciste un lindo hombre..!



Y entonces, me volví ante el desconcertado hombre, y me presenté ante él.

_ Yo fui alumno de la señorita Susana, señor...! Y siempre la tuve entre mis recuerdos mas afectuosos...! Para mi, es una gran alegría volver a verla--!

El buen hombre dibujó una sonrisa y se entregó amistosamente y entablamos una animada conversación...

De pronto, habíamos olvidado lo que pasaba en nuestros alrededores, pero la cadencia de un vals vienes atrajo a una gran mayoría para danzar en el gran salón.

Le pedí disculpas al caballero, y le dije que me permitiera bailar con mi querida maestra, para lo cual no puso ningún inconveniente...

Susana desparramaba su sonrisa y sus ojos demostraban gran alegría por el reencuentro tan afectuoso. Y mirándome cariñosamente me dijo:

-Armando: aun tengo en mi hogar la mantequera que me regalaste...Me pareció hermosa y siempre la tendré conmigo...!!

El vals, había finalizado y acompañé a Susana junto a su marido, a quien agradecí su gesto... Mi maestra me había devuelto a la vida...y creo que yo la había vuelto a ella al recuerdo de sus queridas clases...!

Me volví a mi casa paterna, contento y feliz, aunque casi sin haber bailado pese a lo que me sugerían insinuantes miradas femeninas....Pero había hablado sin parar con Susana y su esposo.

Muchos años mas han pasado. Después de otra década, volví a mi pueblito, y fui al cementerio para ver a mis seres queridos que allí descansan. Y una florida tumba atrajo mi atención. Me arrime curioso y vi la foto de mi querida maestra Susana...!

Quedé inmobilizado, y creo que sin respirar...Sentí el recorrido de unas lagrimas por mis mejillas. Solo miraba hacia el interior del lecho mortuorio porque creía que la volvería a ver...Esos eran mis deseos...!

Y entre crucifijos y medallas, vi algo que me sorprendió: Un objeto de rustico vidrio transparente en un costado del nicho...! ¡ Era mi mantequera...!!



FINALISTA

Regreso a casa

Escrito por **Luis Jesús Arce**

Sara Jones estaba rodeada de tubos de ensayo, cristalizadores, sensores electrónicos y una luz radiante que iluminaba su laboratorio. Ella se encontraba en el epicentro de este santuario científico, con los puños apretados y su corazón en la garganta. Sabía que se encontraba al límite de un descubrimiento inquietante, a punto de realizar una proeza sin precedentes.

Una combinación de miedo y excitación la abrumaba... “¿Qué pasa si no funciona? ¿Y si modifico el curso de la historia?” reflexionaba, mientras manipulaba una misteriosa sustancia púrpura en un recipiente de cristal. Desde la trágica muerte de sus padres, cuando era solo una niña, Sara quedó marcada bajo una depresión de la que nunca se recuperó. Sin embargo, a lo largo de sus 92 años de vida, dedicó su tiempo al estudio de la química y la física cuántica, sintiendo que esto le permitía mantenerse conectada con el mundo. Ahora, con su enfermedad reclamando sus últimos minutos de existencia, estaba lista para poner a prueba su teoría final. Había descubierto una clave secreta para desentrañar uno de los grandes misterios del universo y todo lo que tenía que hacer, era dar un salto de fe.

Con cuidado y delicadeza, vertió un reactivo sólido sobre el fluido púrpura. El contacto entre las sustancias hizo que la mezcla borboteara como agua hirviendo. El elixir resultante cobró vida con un fulgor iridiscente, brillante como diamantina, tan hermoso que iluminó su rostro en una sutil manifestación del poder que yacía en su interior.

Luego, tomó su amuleto sagrado de sabiduría: un cuadernillo viejo y desgastado, de aroma terroso y páginas amarillas, y en la última página trazó sus intenciones en prosa, resguardándolo en el bolsillo más próximo a su corazón. Con esmero, limpió cada rastro de su labor y ordenó meticulosamente aquel lugar, testigo de su osadía, como si nunca más volviera a regresar.

“Por fin... Ha llegado el momento...”, murmuró.

Frente a ella, la poción luminiscente emanaba un resplandor místico, susurrando los enigmas de una esencia cósmica contenida en su núcleo. Sin titubear, dejó que el aire renovara sus pulmones en una profunda respiración, y con los ojos bien cerrados, ingirió un sorbo de aquel brebaje encantado, entregándose por fin, con una sonrisa, a los hilos del destino.

El efecto no tardó en llegar. En cuestión de segundos se vio sumergida en una vertiginosa experiencia psicodélica, sintiendo un escalofrío que anestesió sus pensamientos mientras el entorno vibraba intensamente. Las paredes se sacudían, proyectando patrones geométricos y símbolos indescifrables. Su corazón latía con prisa a medida que el suelo se convertía en una masa líquida que la succionaba lentamente hacia lo desconocido. “Entonces, de esto se trata el viaje”, pensó, mientras presenciaba cómo su cuerpo se desmaterializaba en múltiples direcciones, provocando una sensación de hormigueo en sus extremidades y un dolor insoportable en su



columna vertebral. Con la poca fuerza que le quedaba, se aferró al borde de la mesa, luchando por mantener el equilibrio y la cordura, hasta que la sensación se disipó y pudo abrir los ojos nuevamente.

Miró a su alrededor y vio que todo se había transformado. Los tubos de ensayo, los sensores electrónicos, los cristalizadores y la radiante luz del laboratorio se habían esfumado, dejando lugar a una habitación semioscura. Allí, frente a sus ojos, se encontraba una cama individual, un modesto escritorio y un portarretrato con una foto de ella junto a su familia. Sara reconoció de inmediato aquel lugar: su cama, sus juguetes y su ropa permanecían intactos. Inhaló con devoción, deleitándose con los perfumes del hogar que tanto había echado de menos.

-¡Lo logré! ¡Realmente lo logré! -exclamó con alegría-

Se acercó al espejo y observó que su cuerpo había rejuvenecido.

-He regresado a casa y... ¡He vuelto a ser una niña! -gritó con una excitación desbordante-

Sara examinó sus manos y notó que su piel ya no tenía arrugas. Agitó sus piernas y comprobó que podía trasladarse sin perder el equilibrio. Apresurada, corrió por el pasillo hacia el cuarto de sus padres. “¿Debería contarles?”, pensaba mientras sus pies se deslizaban sobre la alfombra. Cada palpitar de su corazón parecía expresar la felicidad que ella tenía tras tantos años de soledad.

Al llegar a la puerta, se percató de que la misma se encontraba abierta. Se detuvo en la entrada para calmar su agitación, y antes de dar un paso adelante, escuchó la voz entrecortada de un hombre que la llamaba desde adentro:

-¿Hija, qué sucede? -preguntó el hombre con preocupación-

Sara identificó la voz de su papá y quebró en un llanto ahogado, sin poder pronunciar palabra alguna.

-Cálmate -dijo su madre con tono tranquilizador-, ven aquí, sólo fue una pesadilla.

Sara saltó hacia la cama, alzándose hacia ellos y buscando desesperadamente su consuelo.

-Princesa... ¿Por qué lloras? -preguntó su padre, ya despabilado ante la situación-

Sara tardó unos cuantos segundos hasta que logró recuperar el habla.

-Tuve una pesadilla que no terminaba nunca, papi -respondió Sara, con la intención de no asustarlos-. Pero ahora que estoy con ustedes me siento mejor.

-Ahora que estás mejor deberías regresar a tu cama, ¿No te parece?, mañana nos espera un largo día -dijo su madre con un tono irónico y una sonrisa, mientras le hacía un espacio entre los dos, invitándola a descansar junto a ellos-

-Mañana es 10 de mayo de 1941... ¿Verdad? -indagó Sara, luchando por disimular el temblor de sus manos-

-Así es, mañana es sábado y tienes clases de química con el mejor maestro del mundo, ¡que soy yo! -respondió el padre, con una pizca de humor y cariño en su voz, mientras le guiñaba un ojo-

En ese momento, la sensación de un déjà vu invadió a Sara por completo. “Recuerdo esta brisa nocturna, el aroma a tierra mojada, aquella luna plateada que ilumina los arbustos del jardín y las estrellas... esas estrellas que titilan como si nunca se fueran a apagar. Dentro de algunas horas, un manto de nubes grises cubrirá el cielo y volveremos a escuchar el estruendo de las bombas...”, pensó.

Para el 10 de mayo de 1941, Londres se había transformado en un paisaje ceniciento, inmerso en la furia de la



Segunda Guerra Mundial y asediado sin piedad por los bombardeos aéreos de la Luftwaffe alemana, en lo que se conoce como el Blitz. Desde septiembre de 1940, los asaltos aéreos se habían intensificado y la ciudad afrontaba una sucesión de ataques diurnos y nocturnos que dejaban a su paso estragos considerables y pérdidas humanas innumerables.

Sara se encontró ante un dilema crucial: revelar la fantástica odisea que la había transportado al pasado o quedarse allí sin decir nada, para disfrutar del esperado reencuentro.

La habitación estaba envuelta en una atmósfera tan acogedora que ninguno de los tres tenía deseos de dormir. Las sombras danzaban en las paredes, las bromas y risas templaban el ambiente, mientras los abrazos se fundían en la penumbra. Sin embargo, una extraña sensación la embargó, como si el tiempo tramara sus propios planes, y un impulso emotivo la llevó a mantener en secreto lo que sabía. “Quisiera que este momento dure eternamente...” reflexionó Sara, mientras escuchaba las carcajadas de su mamá y su papá, quienes sonreían sin preocupaciones, ajenos a la trascendencia del momento.

–Sólo quiero quedarme con ustedes esta noche... ¡Los extrañé tanto! -pronunció Sara, con una sonrisa y su rostro bañado en lágrimas-.

–Te amamos, hija -respondió el padre acariciando su cabello-.

Y allí permanecieron los tres, contando historias felices y cuentos de ensueño, entre risas y caricias, hasta quedarse profundamente dormidos.

Durante la noche, en plena madrugada, una decena de aviones bombarderos desató una furia incendiaria desde los cielos. El impacto devastador arrasó con el vecindario por completo, dejando edificios y hogares reducidos a escombros. La habitación de Sara fue la única que sobrevivió a la destrucción, pero en esta ocasión, ella estaba descansando junto a sus seres queridos.

Unos días más tarde, al retirar los escombros, sólo se hallaron los cuerpos inertes de sus padres, y entre ellos, un viejo y desgastado cuadernillo de notas. En la última página, se encontraba escrito:

Mi nombre es Sara Jones y he tenido una vida apasionante. En las páginas anteriores he dejado el detalle de mi legado científico. El tejido del espacio-tiempo puede desdoblarse para saltar hacia el pasado. No tengo claro cuáles serán las consecuencias de este experimento, pero he de regresar a casa para ver a mis padres por última vez...

Londres, miércoles 10 de mayo de 2023.



FINALISTA

Spudún

Escrito por **Alberto Francisco Boccacci**

Parque Lezama de mi niñez y adolescencia. Fuiste madriguera de penas y alegrías. Refugio de incertidumbres y proyectos. Parador para filosofar a solas sobre la vida.

Me parece escuchar aquellas algarabías de bandas de chicos atrevidos y descocados, gambeteando guardianes y policías, desoyendo silbatos, y riéndose de bastones en alto. Parque de topografía serrana en un rincón de la ciudad. El imperio romano asomando en ánforas, peristilos, mitologías. Y nuestra historia encerrada en un Museo.

¡Qué tremendo el Imperio Romano para que sus tentáculos sigan asomando en parques y plazas del mundo, después de más de 20 siglos ¡

Siempre me sentí misteriosamente interrelacionado con este parque. Sentí su invitación a que lo visitara. Lo visité varias veces de adulto y de anciano. Los recuerdos me invadieron en malón, alegres unos, tristes otros. Enternecimiento y turbación inefables. Las hojas de sus magnolias centenarias que me dieron su sombra, aromas y frescor se las llevó el viento. Sólo mis reminiscencias resisten el otoño de mi vida. Me preguntaba, al pasar, si esos árboles no me reconocían. ¡Cuántas veces me habré apoyado en ellos cuando jugaba a las escondidas ¡ Veía a la gente caminar al ritmo de la serena armonía del paisaje, llevada por el canto de los pájaros, de las hojas temblorosas de los árboles, de la aromática brisa. Jubilados dormitando, niños deslizándose en sus carritos por las escarpadas cunetas cementadas del parque.

Recuerdo aquellas barritas bravas que tenían el Lezama como coto de caza o como un feudo en permanente disputa con otras barras. Había en los tiempos de mi niñez un capitán de barra, del barrio de San Telmo, conocido con el nombre de Spudún. Era la reencarnación de Atila. Donde ponía el ojo ponía la piedra. Su cabeza siempre rapada, como para lucir sus trofeos de cicatrices. Despedido de todos los colegios. Subía a los árboles como un felino. Cliente de varias comisarías. Hábil gambeteador de guardianes y policías. Cuando yo lo veía aparecer en el Parque, corría temblando a refugiarme en mi casa. A la noche soñaba con su sombra de matón. A mediados de la centuria pasada, mi hermana Elba se casó. Yo también me casé. Tres años después fallece mi padre. Mi madre quedó sola en ese departamento de un segundo piso de la hermosa Avenida Caseros 445, a 50 metros del Lezama. Siguió en Caseros unos 20 años más hasta que la traje a vivir a un tres ambientes, contiguo al mío.

Mientras mi madre siguió viviendo en Caseros la visitaba regularmente en ese mismo departamento refugio de mi niñez y adolescencia. Tenía un patio-corredor de 1,60 de ancho y 10 de largo. Daba a un aire- luz amplio, del que estaba separado por un chapón fuerte de un metro y medio de altura, sobre el cual se deslizaba un toldo de lona que colgaba del corredor del tercer piso.



Llego un sábado de mañana, de visita a mi santa madrecita. Apenas atravieso el pequeño vestíbulo de entrada, veo el toldo del corredor caído.

_ ¿Qué pasó mamá?

_ La fuerte tormenta de lluvia y viento de antayer me desenganchó el toldo. Pero, no sé si sabes que la Nora se casó y vive con su esposo en un dormitorio que le cedieron los padres de la Nora, en el departamento lindero a éste, aire- luz de por medio. ¡Qué buen muchacho! Al ver el toldo caído, vino a ofrecerse para arreglarlo. Me llama siempre abuela. Justamente me prometió venir esta misma mañana, sábado. Los sábados tiene franco. Trabaja de chofer en la Peabody, en la bajada de la calle Defensa.

Suena el timbre y yo abro la puerta.

_ Buen día señor, está la abue...

_ ¡¡¡ SPUDÚN !!! ¡Qué alegría ¡ ¡Y de las inolvidables!

Lloré de la emoción.

Pasaron los años. Una mañana, allá por 1995, atravesaba el Parque Lezama. ¡Oh sorpresa! De pasada me lo encuentro a Spudún, ya jubilado, llevando de la mano a su nietito Diego de diez años que lloraba y rezongaba.

_Le pregunto: ¿Por qué lloras Dieguito?

_El abuelo no me deja subir a ese árbol. Le quiero llevar una magnolia a mi mamá.



FINALISTA

Un soldado que vino de lejos

Escrito por **Feliciano Reimundo**

En agosto del 2003 asistía yo a una de mis clases semanales de taller literario.

La profesora, una reconocida escritora santafesina, tenía recursos poco ortodoxos para incentivarnos a escribir. Esa noche tiró sobre la mesa la fotocopia de una hoja del diario “Página 12”. Solo dijo “Escriban”. Lo que fuera, prosa o poesía. El tema del artículo era la tala a cadena de los montes en el Impenetrable chaqueño. La cuestión no me motivaba mucho. Pero en el ángulo inferior derecho de la hoja, algo captó mi atención de forma inmediata. Era la instantánea de un soldado en ropa de fajina color caqui, muy sonriente, con la leyenda “Luis Pablo Steinberg. Soldado conscripto arrojado vivo al mar el 10 de agosto de 1976”. La acompañaba un breve poema escrito por un amigo suyo.

Allí comenzó todo. No podía dejar de observar la foto del soldado. Seguramente había sido tomada por un compañero en un momento de descanso. De ahí su actitud tan relajada, a risa limpia, festejando alguna broma, tal vez. Me puse a escribir frenéticamente durante dos días y para la clase siguiente había terminado un soneto, creado mientras me sorbía las lágrimas, aunque en sí mismo no era un golpe bajo. Rescataba su risa tan confiada, su alegría casi infantil, ignorando lo que le esperaba en el fondo del mar, como si esa hubiera sido la cuna materna que lo recibiría de nuevo y por última vez. Se lo leí a la profesora y ella dijo parcamente “Está bueno”, lo que en su valoración poco dada a los elogios, significaba “Está excelente”. A continuación me insertó el aguijón “¿Qué pensás hacer con esto?”. Le contesté que nada. Tal vez algún concurso, más adelante... Como si divagara tiró al aire que debería mandárselo a los padres. ¿Pero cómo encontrarlos??? Lo único que tenía era el apellido. Ni siquiera sabía si estaban vivos todavía. “Las Madres de Plaza de Mayo tal vez podrían darte algún dato sobre la familia” arriesgó, con su tonito displicente.

Al día siguiente puse manos a la obra. Después de investigarme con mil preguntas, como si ellas fueran de la CIA, las Madres se decidieron finalmente a darme el teléfono del padre, don Jaime Steinberg. Vivía en Hurlingham, Bs As. Lo llamo y le explico que yo había escrito un poema para su hijo y que tenía la intención de hacerle llegar. Me dijo que él y su esposa lo recibirían con mucho gusto. Pero quería saber por qué razón yo lo había escrito. ¿Había conocido a Pablo? Le aseguré que no, nunca lo había visto antes de la foto. Pablo, como lo llamaban familiarmente tenía 22 años en 1976, yo tenía 26 para entonces. No estábamos tan lejos en edad pero eso nunca pasó. Él vivía en Hurlingham, yo en Rosario. Imposible.

Corrí a la oficina de Correos y se lo mandé por expreso. Le llegó a los dos días. Don Jaime me llamó para agradecer el poema que describía tan fielmente a su hijo, al tiempo que no dejaba de insistir con la preguntita urticante: ¿“Pero Ud lo conoció a Pablo?”. Le aseguraba que no pero me daba cuenta que en el fondo, muy en el fondo, también yo comenzaba a preguntarme por qué razón había escrito ese soneto.



Pasaron unos días y me llega por correo un sobre de don Jaime. Contenía una tarjeta que el pintor Soldi había creado para los desaparecidos, con su firma en original y algo que me conmovió aún más, la foto a color de Pablo, en tamaño más grande. La misma que yo había visto en blanco y negro en “Pagina 12”. Salí a comprar un bonito portarretrato y al día de hoy, veinte años después, Pablo me sonríe desde una pared de mi escritorio, como la primera vez que lo vi.

Inmediatamente lo llamé para agradecerle el envío y hablamos largamente. Me contó que ellos habían tenido dos hijos, Ignacio, el mayor que había muerto de cáncer hacía unos años y Pablo, desaparecido en el 76. Por entonces revistaba como conscripto en la ESMA. Había pedido prórroga porque estudiaba Derecho en la UBA. No tenía actividad política alguna en la facultad ni en ningún otro lado, era de perfil bajo pero lo mismo lo “chuparon” durante un franco, junto a un compañero de regimiento con quien ese sábado a la tarde se reunía para ir al cine. Se dieron cuenta casi inmediatamente de lo sucedido porque él dejó caer la billetera junto al cordón, en el momento en que lo subían a un auto por la fuerza. Lo que vino después para ellos fue un largo y estéril peregrinar por oficinas militares y organismos oficiales, para conocer su paradero. Nunca, nada. Muchos años después se enterarían por las declaraciones en España, de un ex-militar de la ESMA que ambos jóvenes habían tenido el desgraciado destino de terminar en uno de los que luego se conocerían tristemente como los “vuelos de la muerte”. Saber lo que había pasado solo les daba la descarnada certeza de que nunca más volverían a tener a Pablo en sus vidas. Tampoco nunca tendrían una tumba donde dejar una piedra o una flor en recuerdo de su hijo. Solo mirar un horizonte de mar, oscuro y sin límites en cuyo lecho descansarían sus huesos para siempre. Les quedaba contemplar el retrato de Pablo que un pintor amigo había creado para ellos, su última foto y ahora mi soneto. Don Jaime me invitaba a su casa para conocerme porque ya me consideraban una hija. Así podría entrar al dormitorio de Pablo, tocar su guitarra, apreciar sus dibujos a lápiz, sus audios de colección, su perfume y mucho más. Todo estaba como él lo había dejado.

En ese punto, con una excusa, me despedí porque sentí que desfallecía al escuchar a don Jaime asegurar por enésima vez que yo tenía que haber conocido a Pablo. En otra vida tal vez. Él creía en esas cosas.

Como si esto fuera poco, mi marido, que escuchaba la conversación, me decía entusiasmado que podíamos ir un fin de semana a casa de don Jaime, él conocía la zona y no tendríamos problema para llegar.

Le dije rotundamente que no, que esto se tenía que terminar y que de hecho se terminaba en ese instante o yo acabaría perdiendo contacto con la realidad. No me faltaba mucho. El momento en que Pablo caía al mar, inerte y seguramente drogado, era como una película corriendo delante de mis ojos, y no la podía detener. Venía una y otra vez. Una noche, un avión, un cuerpo atado de pies y manos cayendo pesadamente, el mar que lo tragaba, sin resistencia, sin gritos, sin recuerdos. Pablo, quería creer, no se habría dado cuenta de nada pero yo sí y eso me llevaba al fatal convencimiento de que el soneto no había sido escrito por casualidad, que había una conexión inexplicable entre Pablo y yo, capaz de traspasar tiempo y distancia.

Hay algo más todavía. Al siguiente lunes me despierta el timbre del teléfono. Una voz femenina con acento español se presenta y me cuenta que ella es periodista de una revista de Madrid. Había venido a Buenos Aires porque la revista entendió que los desaparecidos tenían padres además de madres y que nadie se había ocupado de ellos. Por tanto, se encontraba entrevistando a los padres sobrevivientes. Comenzó la serie con don Jaime Steinberg, quien le mostró muy orgulloso, entre otras cosas, el soneto que yo había escrito para Pablo. La periodista consideraba que era muy significativo y me pedía permiso para publicarlo en el cuerpo de la entrevista. Le dije que sí, que sería un honor para mí y que ya le estaba mandando la autorización por mail.

En la siguiente clase le cuento el final de la historia a mi profesora. Ella me miró fijo y como si hablara desde su oráculo agnóstico, me dice “Los caminos del Señor son inescrutables. Los de la poesía, más todavía. ¿Seguís pensando que no conociste a ese muchacho?”

Para entonces yo no estaba segura de nada. Hoy ya no tengo dudas.



FINALISTA

Una Copita

Escrito por **Facundo Manuel Battellini**

Mi psiquiatra y además enólogo se llamaba Fernando, tenía su consultorio dentro de su propia bodega. Un hombre apasionado por el mundo de los vinos, y afuera tenía su propio viñedo donde cultivaba las mejores uvas de la región. Un lugar espectacular, rodeado de sus propias vides, chico pero prolijo e impecable. A veces me daban ganas de quedarme un buen rato mirando las espectaculares plantaciones, pero la hora de este señor no era precisamente barata como para perder minutos admirando el paisaje.

El consultorio era su pequeña bodega con una decoración sencilla pero elegante. No tenía las tradicionales estanterías llenas de libros que nunca leyó, sin embargo las paredes estaban forradas con esos muebles especiales para almacenar vinos. Entre las botellas desgastadas y sin etiquetas, sí tenía algún que otro libro expuesto. Algunos de Freud, Jung, Lacan, Vatelini etc... cosa que uno no se podía ni imaginar que estilo de psicoanálisis practicaba. Supongo que una fusión de todos y de él mismo. Al costado de la entrada, casi escondida, se encontraba una caramelera antigua de almacén, de aproximadamente 6 frascos de vidrio transparente, con tapas de metal plateado.

Muy respetado pero excéntrico y estricto con métodos poco convencionales a diferencia de otros psiquiatras. El escuchaba atentamente y sin interrumpir a sus pacientes los ayudaba a encontrar las herramientas necesarias para enfrentar sus problemas o no problemas. Un verdadero maestro en su oficio, un poco manipulador creo yo, pero para muchos un sanador milagroso.

Cada vez que uno entraba al consultorio, Fernando le ofrecía una copita muy bien fajnada de vino, para que este se sintiera más relajado y cómodo. Era su manera de hacer que se abrieran y se sintieran más libres para contar sus traumas más profundos. El vino era su herramienta secreta. Una vez recuerdo que se me calentó el pico y le pedí una copa más... ¿¡¡Para qué!!?... me observó penetrantemente y en voz baja me dijo – con una copita está más que bien, no quiero tener que escucharte mientras se te traba la lengua y balbuceás más problemas de los necesarios..

La forma en que él llevaba a cabo su práctica psicológica era sumamente peculiar. Afirmaba que el vino funcionaba como un catalizador emocional que propiciaba la liberación de sentimientos reprimidos, y la verdad es que tenía razón. Luego de haber bebido, sus pacientes se abrían a hablar y se sumergían en un mar de llanto - y cuando digo llanto, me refiero a un llanto profundo y excesivo - mientras contaban sus problemas.

No se limitaba a brindar una copita a fin de que se distendieran y se explayaran sobre sus angustias, sino que también les ofrecía un pañuelo para secar las lágrimas que, inevitablemente, brotaban en el transcurso de las sesiones.

Cada pañuelo era nuevo y fresco, y estaba cuidadosamente doblado en una cajita de madera. Tenía una colección de pañuelos de diferentes colores y diseños, para que cada paciente pudiera elegir el que más le gustara.



Era un pequeño gesto, pero que significaba mucho para ellos, que se sentían cuidados y atendidos. Recuerdo que Fernando metía los pañuelos usados y enlagramados en una bolsa de esas ecológicas que ahora están de moda.

Entre todas las sesiones a las que asistí, nunca recibí prescripción alguna para tratar mis quilombos mentales. Ni rivotril, ni antidepresivos, ni ansiolíticos, estabilizadores del estado de ánimo, ni antipsicóticos ni nada de eso me recetó ninguna vez. En su lugar, él me daba una selección de uvas de diversos tamaños, tonalidades y matices de sabor, las cuales cuidadosamente seleccionaba de su antigua caramelera. La receta que me brindaba detallaba cuál era la cantidad y cuáles debían ser las variedades que debía consumir antes de acostarme cada noche. Su convencimiento acerca de las virtudes “curativas” de sus uvas era sólido, y debo admitir que se mostró acertado: tras cada bocado de aquel fruto, sentía mi espíritu rejuvenecido y mi mente despejada al día siguiente, libre de cualquier impureza.

Antes de cerrar el consultorio, lo limpiaba, recogía la bolsa con pañuelos mojados, acomodaba las revistas noventosas que pocos miraban de la sala de espera y dejaba todo listo para la próxima sesión.

Durante una extensa y prolongada temporada fui un paciente suyo y hace años que no lo soy, porque la situación económica de mi país complicó mis ingresos y bolsillo, y por ende, complicó mi salud mental al no poder abonarle sus servicios. Pero la semana pasada, rompí literalmente mi alcancía de cerámica con forma de choncho regordete y junte el dinero, decrete que en vez de ir al centro de mi ciudad a comprar dólares, iría a lo de Fernando a comprar salud mental.

Flor de sorpresa me lleve cuando llegue a su viñedo, los pastizales altos impedían la entrada. Cactus casi de mi altura parecían soldados con infinidad de armas blancas... –Mierda que pasó tiempo para que esas plantas crecieran tanto -, los cactus tardan mucho en crecer... – Se ve que pasó más tiempo del que pensé de la última vez que vine - me dije –

Igualmente la flora no impidió que mi intriga por saber que había sucedido para que todo esté tan dejado y desprolijo me aventuré a esquivar esos obstáculos y de ese modo ingresar a su propiedad, escurriéndome por sus viñedos secos y acurrucados. Una vez dentro de la casa, la cual también estaba en estado deplorable, ingreso por una ventana y me dirijo hacia la bodega, hacia su antiguo consultorio. El escenario era apocalíptico; las carameleras rotas, uvas disecadas dentro de ellas, las botellas vacías y abrazadas por el polvo,

Mientras contemplaba la apocalíptica escena, la visita de una anciana me interrumpió. Una mujer cercana a los 90 años, de ojos verdosos y pupilas dilatadas que parecían haber sido operados de cataratas o algo así. Vecina del campo de al lado, una chusma y metida quien nadie había llamado,-se ve que ver a una persona por esos pagos era algo inusual -, pero algo en su voz y en su presencia me hizo prestar atención a lo que tenía que decir.

Comenzó a hablarme con una voz ronca y entrecortada. Me explicó lo que para ella había sucedido, y lo hizo con un tono que dejaba claro que lo que había pasado era mucho más oscuro

Yo siempre lo espiaba a Fernando y él tenía un ritual -me contaba la vieja- uno que nadie debía saber, especial y oculto, que llevaba a cabo después de cada sesión. Una vez que llegaba al viñedo miraba atentamente hacia todos los puntos cardinales para cerciorarse que no haya nadie-pero yo me escondía y no me veía-. Entonces proseguía con su rito y sacaba la bolsa con los pañuelos mojados y los escurría fuertemente sobre la tierra para regar sus plantaciones.

Las lágrimas de sus pacientes se convertían así en un fertilizante especial para sus vides, una forma de transformar el dolor en vida. Pero esto no lo hacía por razones simbólicas o por gratitud, sino por una razón mucho más pragmática: éstas tenían un efecto especial sobre el vino que producía en su viñedo. Cuando ellos bebían sentían un aumento en su capacidad para expresar sus emociones, cosa que ayudaba a Fernando a cumplir con mayor eficiencia su trabajo, además como efecto secundario, también generaba que el que lo bebiera llorara soltando parte de sus dolores en las lágrimas,



El siempre había sido muy cuidadoso con la cantidad que bebía, consciente de que el exceso de alcohol no era bueno para su salud. Sin embargo, un día, después de una sesión particularmente intensa en su consultorio, decidió beber una botella entera de su vino especial, elaborado con lágrimas.

-Yo puedo curar a la gente, ¿Pero quién me cura a mí?-

A medida que bebía de su propio néctar, comenzó a sentir una tristeza y un peso inusual en su corazón, una sensación de melancolía que nunca antes había experimentado. Pero en lugar de detenerse, siguió bebiendo, buscando aliviar el dolor emocional que lo atormentaba.

Lo que él no sabía es que la concentración de emociones y sentimientos en ese vino, potenciados por las lágrimas de sus pacientes, era demasiado para que un cuerpo lo soportara. Poco a poco, su corazón comenzó a fallar y su respiración se hizo cada vez más difícil.

Finalmente se derrumbó en su viñedo, rodeado por las vides que habían sido fertilizadas por las lágrimas. Su cuerpo cayó inmóvil, mientras que las hojas de las vides parecían suspirar tristemente, como si supieran que habían perdido a su dueño y protector.

Y eso fue lo que me conto la vieja, si es cierto o no, nunca lo sabré...



FINALISTA

Viaje en subte

Escrito por **Marcela Indira Simondi**

Era domingo. Aunque estaba fresco, ya había empezado la primavera. El andén de la estación Juramento estaba casi vacío. Lucas estaba concentrado en el celular. Lo sorprendió la luz del subte. Era más intensa. Estaba seguro. Subió como siempre al primer vagón. Esta vez lo hizo sin darse cuenta, atrapado por un haz de luz. Tampoco notó la caída de su teléfono. Se sentó. Iba al Clínicas a ver a Alex. Había tenido un accidente con la moto. Lo habían operado el día anterior. Por suerte, su amigo estaba bien.

En José Hernández, el subte se llenó de chicos con delantales blancos. “¡Qué raro! ¿Irán a una excursión un domingo?”, pensó. Los miró con atención. Le traían algún recuerdo remoto. “¿Quiénes eran? ¿Aquel no es Pepe? Debe ser un chico parecido”, pensó. Miró alrededor y vio más caras familiares. “Ése se parece a Juancito y aquel otro... ¿Son mis compañeros de colegio? ¡No puede ser!” Se agarró la cabeza. “¡Ey, Pepe! ¡Juancito!” Intentó gritar, pero sólo se escuchó él. No se dio cuenta. Buscó el celular para chatear. No lo encontró. “¿Dónde lo habré perdido? En el andén, lo tenía.”, se dijo. Al bajar la vista, se sobresaltó. Él también tenía nueve años y un guardapolvo blanco como el resto de los chicos. No tenían teléfonos. Algunos, sentados en el piso, jugaban chupi con las figus redondas. Otros, hablaban. Aunque Lucas no oía lo que decían por más que intentara escuchar. Quiso bajarse en Olleros, pero algo lo retuvo. No se pudo parar. Ahí estaba su primera novia. Tan linda y dulce. Rubia de ojos verdes. Ni lo miró. En cambio, él le sonreía y le hablaba. Pero ella no lo oía. Lucas se cansó y bajó la vista. Llevaba jeans, borcegos, una pulsera negra con tachas, pelo largo. Tenía catorce años y muchos sueños. Se sobresaltó, pero menos que en la estación anterior. Viajó tarareando viejos temas. Esos que tocaba con su Gibson verde.

En Ministro Carranza dijo:

“Tengo que bajarme. No estoy bien. Debo estar alucinando.”

Pero, igual que en Olleros, lo frenó una fuerza mayor. Echó un vistazo al vagón. Había estudiantes universitarios con carpetas y libros bajo el brazo. Algunos de medicina; otros, de odontología; y también de ciencia política. Se miró. Tenía dos libros: “Histología I” y “Anatomía I”. No se sorprendió. Había terminado el CBC. Estaba cursando primer año de medicina. Añoraba la vida universitaria. “¡Qué época! Una de las más felices de mi vida”, pensó. Había dos nenes de seis o siete años repartiendo estampitas. Algunos les daban monedas. Otros, nada. Él estuvo entre los últimos. Cuando metió la mano en el bolsillo notó que no tenía la billetera. Se enojó.

En Palermo subió Julia, el amor de su vida. Lucas se paró feliz. Caminó hacia ella. Le sonrió y le habló. Ella no lo vio. Se entristeció. ¿Cómo podía pasarle eso? Lucas se sentó abatido, con las piernas abiertas, los codos apoyados y la cabeza entre las manos. El vendedor de medias apoyó tres pares sobre su pierna derecha, y el de biromes, varias atadas con una gomita sobre la izquierda. No le importó. Estaba devastado.

En Plaza Italia dijo:

“Necesito aire. Me vendría bien caminar por el Botánico. Voy a bajar acá. Alex va a entenderme.”



Pero no pudo. Algo lo retuvo. En el vagón estaba Julia vestida de novia. Preciosa. Él tenía smoking y zapatos negros relucientes. Se paró y se acercó a ella. Le tendió la mano, invitándola a bailar el vals e intentó abrazarla. Bailó, giró, fue y vino por todo el vagón, abrazado al aire y tarareando la música de “El Danubio azul”. Giró sin parar hasta que el subte frenó en Scalabrini Ortiz. Subió y bajó gente. Él siguió bailando hasta Bulnes.

En esa estación casi todos subieron con bolsas del shopping. El vagón se llenó. Se oían voces y risas. Había una embarazada. Nadie le daba el asiento. Algunos miraban los teléfonos. Otros se hacían los dormidos. Él estaba parado. Se acercó a la mujer. Era Julia. Se había apoyado contra la puerta que no abría y jugaba Candy Crush. Se la veía relajada y feliz.

El vagón estaba repleto y en Agüero bajaron pocos pasajeros y subieron muchos. Lucas quedó parado, agarrado del pasamano. Al lado de él, había un hombre mayor con bastón, pero nadie se paró para darle el asiento. “Por suerte tanta gente que no va a caerse”, pensó.

Antes de que el subte frenara en Pueyrredón, Lucas vio a Julia con un bebé en brazos. Era Nacho, su primer hijo. En Pueyrredón bajó más gente de la que subió, pero no se podía caminar bien. Un músico se paró delante de una puerta y empezó a tocar la guitarra. Algunas personas movían las piernas al ritmo de la música. Otras, golpeaban sus piernas. Lucas vio a un nene con un delantal a cuadritos celestes y blancos que bailaba al son de la música. Era Nacho. Julia lo llevaba al jardín. Ella tenía ojeras y una gran panza. Se la veía cansada. “Tengo que acompañarla más”, pensó.

Lucas bajó en Facultad de Medicina. Desde el andén vio en el vagón a su mujer con sus dos hijos. Nacho con delantal blanco y Pía, a upa. Corrió al subte. “¿Por qué me bajé?”, pensó. Caminó hasta el Hospital de Clínicas. Subió hasta la habitación de Alex. La cama estaba vacía. Nadie lo conocía. Bajó. En el puesto de diarios, eligió uno al azar. Miró la fecha: viernes 26 de septiembre de 2018. Lo apoyó sobre los otros ejemplares. Le temblaron las piernas. Un sudor frío corrió por su espalda. Sacó un pañuelo y se secó la frente. Todavía no lo conocía a Alex. Faltaban cuatro años para el accidente.